

# CRÓNICA URBANA

## El "Coliseum", un paseo por las nubes

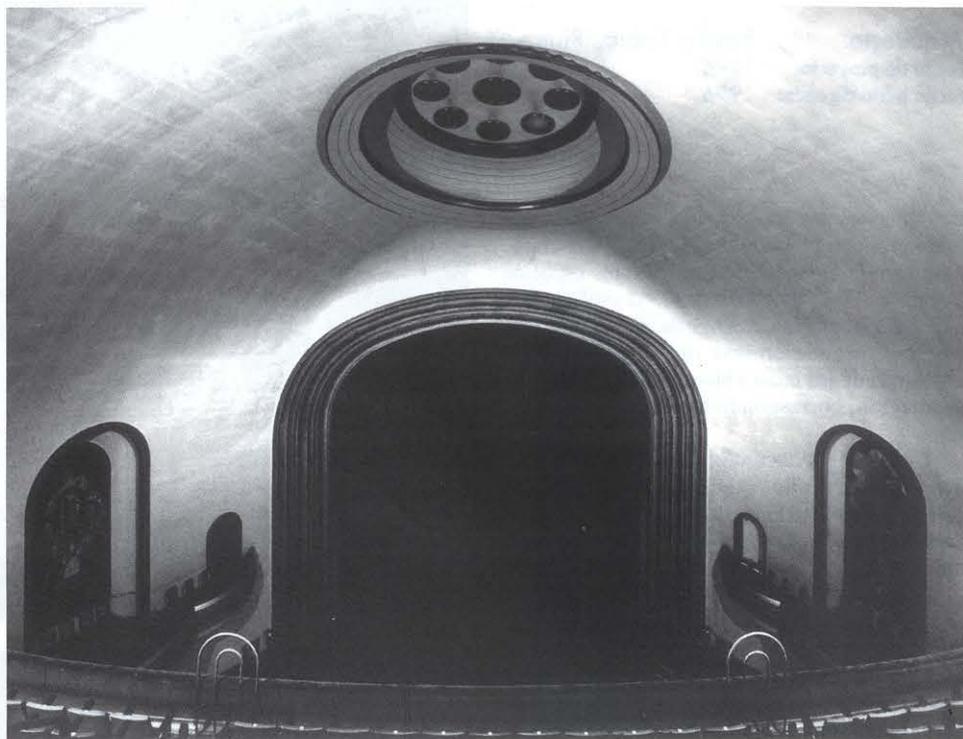
Félix Cabrero Garrido

*"A mi ciudad de esquinas aureoladas de ocaso..."*  
J. L. Borges

1930. Final de los años 20. Tiempos de transición... Eran, sin duda, buenos tiempos que anunciaban algo nuevo.

La ciudad, permanente y vulnerable caja de Pandora, esconde en sus esquinas y avenidas mil y una noches recónditas de las que sólo conocemos los maquillados rostros de sus fachadas, que hablan de lo que ocultan como a través de un espejo empañado y turbio que se convierte en una imagen urbana referente, definitiva, rebelde, independiente y olvidadiza de que, detrás de las bambalinas, siempre hay un mundo, cien historias, un edificio que acaso languidece en el olvido y se vuelve indefenso ante el acecho tenebroso de las sombras depredadoras de la ciudad o de gestores, ediles y técnicos insensibles, solamente preparados para entender las arquitecturas y las ciudades como "bienes de cambio". Es el viejo debate entre la imagen urbana y la arquitectura de la ciudad.

El edificio "Coliseum", del que son autores los arquitectos Casto Fernández-Shaw y Pedro Muguruza, propiedad del maestro Jacinto Guerrero, se proyecta y construye entre 1930 y 1933 y será, desde su nacimiento, espejo y testimonio de esas arquitecturas de la ciudad asimiladas por la imagen urbana y por la memoria colectiva como si siempre hubiera estado allí, en un borde de la Gran Vía, arteria vital y activa de todos los sentidos y de todas las contradicciones de la ciudad de Madrid. En ella, además del edificio "Coliseum", edificaría Fernández-Shaw en 1943 la fachada del Banco Hispano de la Edificación, enfática figuración urbana donde retomará la frustrada vocación de rascacielos del "Coliseum" remitiendo a un capítulo obsesivo de su obra que quizás tenga la cima en su propuesta para el "Chicago Tribune" (1923), y propondría a lo largo de los años una serie de estacionamientos subterráneos en los que cristalizarían sus ensueños futuristas, anegados por la impotencia y la incomprensión, a través de ciertas utopías posibles al amparo de su vocación confesa de inventor y de sus



Bóveda y embocadura del escenario.

incursiones por los márgenes de la obra de ingeniería que le llevarían a ser un verdadero inventor de arquitecturas.

### 1933- 1998 .EL DIA

Viajar es descubrir, descubrir es conocer... Es por eso que iniciamos un paseo a través de las arquitecturas que encierra la arquitectura de este edificio aparentemente simple pero complejo y polisémico, aparentemente conocido pero desconocido e incomprensido. Y lo hacemos buscando por los aledaños de la Plaza de España, desde donde aparece la faz altiva pero oprimida, evocadora y nostálgica, sueño de modernidades...de la fachada a la Gran Vía.

La cuestión básica sobre el edificio "Coliseum" deriva de la inicial impregnación que mora en la conciencia y el recuerdo de los ciudadanos; aquella que identifica el edificio y lo reduce a su condición de fachada que exhibe su intenso carácter cosmopolita en la atrabiliaria cacofonía urbana de la Gran Vía madrileña. Esta evidencia verifica un intrínseco valor consolidado en la historia cotidiana de la vida de la ciudad, ruidosa y dinámica en el entorno de la plaza de España, desde donde hemos dividido la frustrada esbeltez del "Coliseum", y es sin duda su primera virtud que acaba volviéndose contra la identidad cierta de este complejo y polisémico conjunto edificatorio, mucho más

que un edificio, mucho más que una fachada, un rostro, una mirada; sino porque además es muchas fachadas, muchos rostros, muchas miradas que desde hace tiempo tratamos de sacar de la ignorancia y del olvido, al igual que a uno de sus artífices, el singular e inmarcesible arquitecto Casto Fernández-Shaw (1896-1978). Este merodeador incansable entre las fronteras de las vanguardias y el futuro, desde la nostalgia cierta del pasado, presuntamente el único portavoz solitario y ensimismado de las corrientes futuristas en la arquitectura española, vivió sin duda entre el pasado y el futuro y supo acariciar el presente con su mirada sorprendida y soñadora desde una tierra de nadie, al fin y al cabo tierra de todos, aquella en que se instala en cierto modo el "Coliseum".

El edificio "Coliseum" ha llegado a ser el único y más singular edificio madrileño de su época, primeros años 30, que se plantea desde un plurifuncionalismo complejo y anticipador desarrollando un programa multiusos en la sala de espectáculos (cine, teatro, sala de conciertos), un edificio de viviendas de alto nivel, un edificio de viviendas económicas, sótanos y semisótanos para servicios, instalaciones, distribuidores y vestíbulos. Siguen así sus arquitectos, bajo la evidente tensión vanguardista de Casto Fernández-Shaw, ciertos modelos americanos muy distantes de los nuestros, mostrando obviamente el rasgo más singular y excepcional



Interior de la sala.

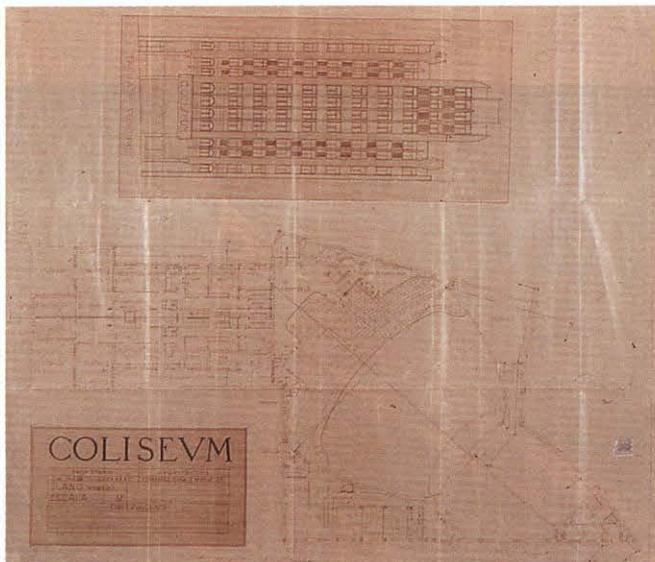
de este complejo edificatorio. Pero se trata, por otro lado, de una auténtica caja de sorpresas que nos revela y desvela todavía, después de casi setenta años, algunas cosas que han permanecido ignoradas u ocultas, como las dos fachadas laterales, condenadas al olvido a causa del protagonismo asignado por la memoria urbana a la fachada a la Gran Vía, auténtico logotipo del edificio "Coliseum", desde su vocación inicial y altiva, émula del "rascacielos" americano, que se muestra enfáticamente ahogada en sus flancos por sendos edificios decadentes que refuerzan sus acentos de acendrada modernidad, confirmando sus anhelos vanguardistas tanto más cuanto más parecen negarle las construcciones aledañas. La esbeltez frustrada por el contexto se acrecienta en la exaltación verticalista de los reiterados resaltes intervanos anhelantes de infinitud ascendente. Ello pervive en el recuerdo inconsciente de su imagen escalonada, esculpido como una catarata o un oleaje que se afila hacia la cúspide. Aquí, en el paso al límite entre la realidad pétreo y los alientos visionarios, el sueño imposible de una inefable catarata de luz hacia los límites de la cornisa inferior, que nunca traspasó el manantial inmenso e inagotable del mundo utópico - idealista de Fernández-Shaw, como tampoco se hizo realidad la instalación de una piscina propuesta en la planta sótano.

En definitiva, aquella juvenil aventura "castiana" del sueño americano quedaría reducida a una escueta y mínima metáfora del rascacielos.

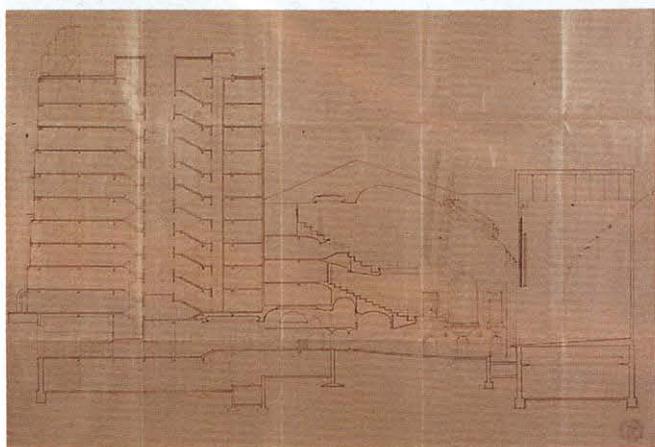
Probables antecedentes de la emblemática fachada a la Gran Vía habría que localizar en los edificios "Titanic" que Fernández-Shaw realizara en colaboración con los hermanos Otamendi para la Compañía Urbanizadora Metropolitana entre 1919 y 1923. Desde arcanos anhelos de modernidad envuelta en rasgos de cierto eclecticismo, la apología del "rascacielos" arrojaría un conjunto edificatorio de enfática y potente expresividad que, aun hoy, sigue cautivándonos. Por lo que alude a la metafórica cascada pétreo, la liviana ondulación pudiera remitir a los atavismos expresionistas de diverso matiz que evocan otros momentos de la obra "castiana"; como las blandas esquinas de las balconadas de la casa de la calle Quintana de 1934 y las aristas redondeadas de la bellísima y elocuente fachada de la casa de la calle Menéndez Pelayo (1933-35), ambas en Madrid. Pero, sin duda, el cúlmen de la recurrente metáfora dinámico-expresionista pétreo de la cascada lo encontraríamos en el impresionante delirio megalómano de la presa del Jándula (1925-1933), quién sabe si en los precedentes del "land art"; quién sabe también si la mejor de sus obras.

Ante la insólita autodefinición de esta fachada, cuya presencia próxima desde la Plaza

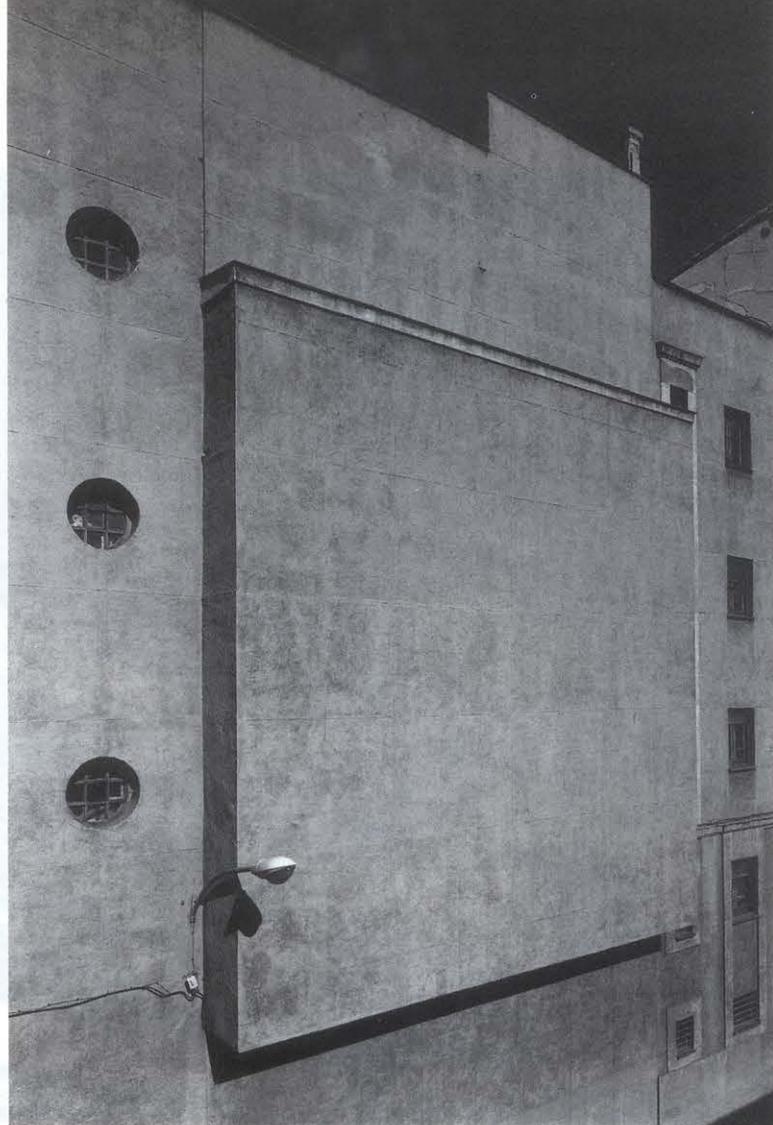
de España ha servido de inicio a nuestro viaje a través de las arquitecturas que habitan en el "Coliseum", bajo la ausencia evocadora de aquella cascada pétreo, penetramos al vestíbulo desde un porche sugerente, suave y acaso ingenua caricia horizontal entre decó y expresionista, quizás ambas cosas... Lineal y delicadamente ascendente, el vestíbulo se desarrolla bajo el edificio de viviendas que asoma a la Gran Vía con una mirada vertical y cosmopolita, de trazas voluntaristamente racional - funcionalistas sujetas a cierto ordenancismo de manzana cerrada y compacta de elevada densidad. Una imaginería ágil y multiforme habita en la axialidad nítida y dinámica del vestíbulo. La memoria del proyecto hablaba de cierta arquitectura desadjetivada y neutra, ascética y desornamentada, de "ausencia de estilo"; despojamiento y silencio sólo roto por la serena elocuencia de sus impregnaciones racional - estructuralistas. Sin embargo, este espacio dilatado, dinámico y tenso, nada deja a la improvisación... Todo, pavimentos, muros, cerrajería, decoración..., todo está en este bellissimo "hall público", nada escapa al universo fantasioso y anhelante, exultante de modernidad, paradigma del diseño integral donde converge la mirada de sus autores, que aluden con prudencia y serena pasión a todo lo que la actualidad de su tiempo ponía a su alrededor. "Continuum" espacial vehementemente



Planta general y alzado a Gran Vía.



Sección general.



Fachada a la calle del General Mitre.

antidecorativista que, al fondo, se expande en trazas circulares ya anunciadas en el deliberado dibujo de los pavimentos y en las luminarias del techo. Racionalismo, decó, expresionismo, todo se funde en una mágica ebullición de gestos evocados en este unitario e inseparable poema espacial. Pero esto no es todo, este vestíbulo es algo así como una especie de calle interior que prolonga la vía pública desde el porche y tiene sentida vocación de ser una articulación entre la racionalidad heterodoxa y cosmopolita del edificio de viviendas y la presencia sobrecogedora e inolvidable de la sala de espectáculos que nos aguarda al final, acogedor y cóncavo, del magnífico vestíbulo. Y es en las trazas del vestíbulo donde laten tantas y tantas connotaciones espaciales que derivan del rigor y misterio de una geometría sugerente y fértil, aprendida por nuestro arquitecto, según mil actos de fé, a través del magisterio de Antonio Palacios, su confeso e incondicional referente. El virtuosismo manierista de Palacios derivaba de su condición enigmática de puente tendido entre los hilos de araña de la herencia secular del siglo XIX y sus apelaciones a una modernidad que no rompería definitivamente los lazos con la historia; geografía etérea y fructífera en la que germinarían algunos de los más emblemáticos edificios madrileños. Es aquel instante histórico, dramático y tenso, que se debate entre el olvido imposible de la historia y

las pulsiones prerracionalistas que, por los no tan felices años 20, claman irreversiblemente ante la llamada de las vanguardias europeas. Aquí es donde se sitúa el trazado limpio, dinámico y claro del vestíbulo del “Coliseum”, que evoca otros gestos de similares compromisos de Fernández-Shaw: así podríamos recordar ciertos elementos contenidos en el trazado del proyecto del “Teatro Atlántico”, uno de los menos conocidos proyectos de su autor; el portal de la casa de la calle Santa Engracia de Madrid (ambas obras de los años 50) y el proyecto para el Teatro de la Opera (1963), donde el gesto expresionista que emerge como signo pregnante y esencial y el trazado general (aunque desde otras escalas) emiten evocadoras analogías con los ámbitos del vestíbulo del “Coliseum”.

Sigue nuestro paseo de la mirada sobre el “Coliseum” desde las luces cosmopolitas y destellantes de la Gran Vía hasta las luces de las candeliejas. Y, casi al final del viaje por este edificio-museo, entramos en la sala como quien entra en un templo después de reposar en la emoción del atrio.

En este tránsito se hace necesario evocar el “Cinema Universum” de Mendelsohn (Berlín, 1926-28) con las viejas palabras de Bruno Zevi: “...planteamiento funcional..., angosto y prolongado..., (con el interior) todo él proyectado hacia la pantalla”... Eclósión expresionista que transferirá Fernández-Shaw al sorprendente

ámbito de la sala del “Coliseum”, trazada desde un abocinamiento singular y desde su personalidad irrepitible, en un espacio vitalista y esencial en donde el fantasma soterrado del clasicismo que se filtra por sus muros convive con el peculiar sintagma “castiano” de la “ausencia de estilo”.

Casto Fernández-Shaw y Pedro Muguruza trazan en la sala de espectáculos una de las más hermosas sinfonías espaciales de la arquitectura madrileña de los años 20-30. Ahora, como si de un breve paseo se tratara, desde nuestras miradas y nuestros pasos sorprendidos ante los acordes espaciales, desde silenciosas secuencias de mil sugerencias e imágenes, evocaciones de una modernidad soterrada y arcana que vienen desfilando por nuestros ojos, accedemos a un espacio que nos invade y sorprende: todo análisis historiográfico, estilístico o crítico, cualquier referente culto con la distancia necesaria para comprender todo este espectáculo inaprensible, serían insuficientes ante la inesperada emoción que nos envuelve de repente... Muy parecido a ese momento en que “ataca” la orquesta en conjunción simultánea y la plenitud de una sinfonía paraliza el aliento... Recorremos el primer tramo de la planta principal de la gran sala bajo la melodía expresionista y luminosa de una potente viga puente de 30 metros que soporta el ondeante anfiteatro insinuando el trazado curvo de la sala. Siguen ahora nuestros pasos hacia el



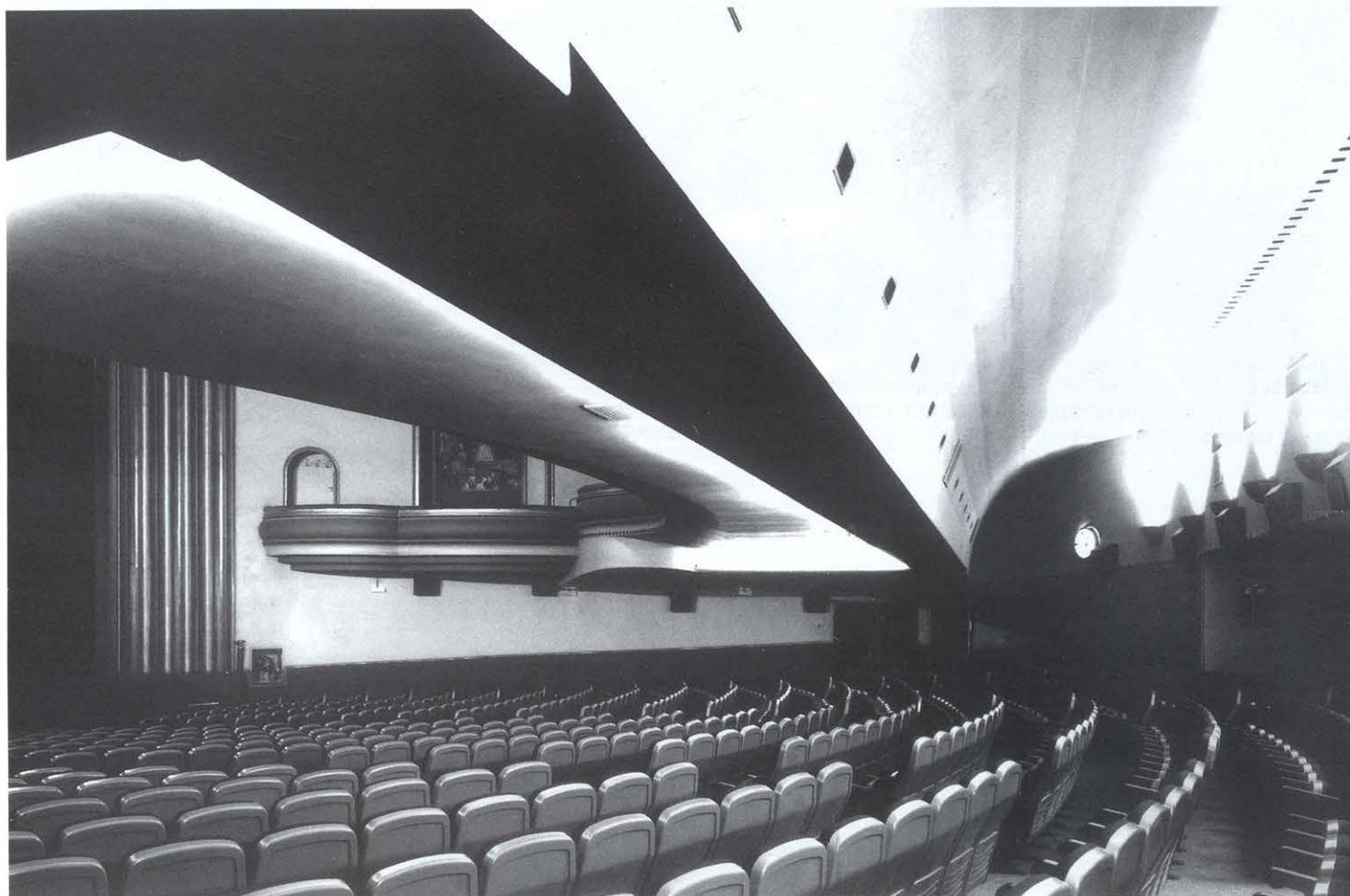
Vestíbulo.

presentimiento de lo que ya se anuncia en los rasgos espaciales sugeridos. De repente, ya en el centro de este cosmos sorprendente, el espacio se dilata y expande en una especie de infinidad esférica bajo una bóveda acústica suspendida que todo lo acoge como bajo el calor envolvente del útero materno. Y esta bóveda matriz y total lo es todo y todo lo acapara. Es como una ola gigante que arranca desde el suelo, allá en los límites de la embocadura del escenario, y se convierte en paredes y techo. Una unidad casi cósmica, metáfora panteísta del sueño del espacio integrador, unitario y total, indivisible. Nada escapa al poderoso sentimiento de integración espacial sin discontinuidades. Es imposible pensar la fragmentación de este bello cuenco donde vive una armonía absoluta y completa de todas las cosas que lo habitan. No es posible dividir esta fusión de estilos que cruzan sus destinos en una cúpula perfecta, en un sincretismo que no es sino una exposición sincrónica de la arquitectura moderna, una metáfora material y tangible de una sinfonía que resuena al ataque de toda la orquesta, dirigida por la voz de sus maestros y por la batuta mágica y fértil de Casto Fernández-Shaw que, frente a la máscara obsesiva de su "ausencia de estilo" todo lo mira desde sus ojos de niño grande que hundía su mirada ingenua y onírica en el futuro y se volvía paradójica fusión, inteligente y sensible, de todos los estilos de su tiempo. Esta

sala, donde fluyen evocadores rasgos que nos hablan de estilos convergentes en conjunción solidaria, apunta así la exaltación apasionada de cierto experimentalismo estructuralista con la vocación expresionista y megalómana que parecen exigir los grandes espacios unitarios. Son sueños ahora contruidos y que emanan de antecedentes próximos que no pasaron de los deseos y los presentimientos: las plantas del proyecto para el Ateneo Mercantil de Valencia (1927), de singular trazado manierista con resonancias de Palacios, o el proyecto del "Cinema Monumental" (1930), precursor de las salas multicines con proyección simultánea, en los márgenes de la apología de las arquitecturas para salas de espectáculos y esa llamada, que comparte con el "Coliseum", de la modernidad más vanguardista que inspiraban las vehementes proclamas futuristas.

Una mirada final y necesaria nos lleva a las fachadas de las calles laterales a través de un recorrido recóndito e ignorado. Última y definitiva sorpresa de esta complejidad edificatoria, desbordante, polifónica pero unitaria que aporta imágenes olvidadas, desconocidas o silenciadas a la iconografía madrileña del entorno. Discursos urbanos que aluden a Le Corbusier impregnados de cierto minimalismo racionalista, a la vez sobrio y expresivo y, que dormían hasta hace poco tiempo en el silencio y el polvo de los archivos y sollozan el insolente

descuido negligente de su estado de conservación. Son las fachadas a las calles General Mitre y San Ignacio. Su ascética racionalidad "loosiana" no es sino la culminación de la búsqueda de la "ausencia de estilo" que cuenta con inmediatos precedentes en la obra juvenil de Fernández-Shaw, como aquella paradigmática estación de servicio de "Porto Pf" (1927) que sus atavismos futuristas alientan como un mínimo y rupturista producto de cierto simbolismo estructuralista que deviene en escueta construcción casi franciscana donde, en palabras de Angel Urrutia, se "alcanzan máximos de belleza arquitectónica mediante mínimos". En la casa para el jefe del Aeropuerto de Barajas (concurso de proyectos del año 1929) los rasgos ascético-racionalistas, como en la casa de la calle Ofelia Nieto (1935-1941), pero aquí con más dramatismo enfatizado por los agresivos cubos volados, enlazan a través del tiempo con la desnudez de los paños ciegos de las dos fachadas laterales del "Coliseum", adjetivados por las trazas y ritmos de los huecos y los vanos, el volumen cúbico volado que no es sino un mínimo remedo constructivista (que queda en la sensibilidad "castiana" como una herida abierta desde su contemplación del Pabellón Soviético de Melnikov en la Exposición Internacional de París de 1925) y, por otro lado, la secuencia de los óculos, arquetipo simbólico que enlazaría con ciertos morfemas tautológicos muy presentes



Interior de la sala.

en la imaginería racionalista y de especial énfasis en los edificios de espectáculos donde aparecen como la mirada cierta y misteriosa de arcanos espacios entre la penumbra de las candilejas.

Y, desde las últimas luces del atardecer, casi al final del viaje, nos viene el recuerdo apresurado de tantas y tantas obras de Casto Fernández-Shaw, por donde merodean las sombras del "Coliseum" que, como en un espejo, son ecos que nos devuelven el caudal de los mil sonidos que salen de su larga historia de setenta años:

Las evocaciones industriales de los estudios "Cinema Español" (años 30) y las fachadas laterales del mercado de San Fernando (1939-44); la clara serenidad del edificio de la "Sociedad de autores" (1968-70); el expresionismo gestual y vitalista del "Palacio de Exposiciones y Congresos" (1951) y el expresionismo casi geomórfico del "Templo del Sumo Hacedor" (1951) y, finalmente, dos incursiones en el mundo peculiar de las tipologías de edificios de espectáculos: el proyecto del "Cine Olimpia" (1935), singladura racionalista desde la peculiar visión de nuestro arquitecto, y el cine "Coliseum" de Villacañeros (1965-67), excepcional y sorprendente remedo minimalista del "Coliseum" de Madrid, edificio desconocido y olvidado hasta tiempos muy recientes, que sobrecoge como un ensueño surrealista en un paisaje extraño, y es una de las últimas voces del silencio, un grito en el

desierto desde el destierro de un Casto Fernández-Shaw enmudecido, la memoria de una memoria...

### 1999- LA NOCHE

Coherente secuencia espacial; sincretismo de estilos y tendencias; espacialidad unitaria e integral, irreductible; espejo de la historia de las vanguardias de la modernidad, asumiendo la coexistencia del permanente debate entre racionalidad y organicidad, objetividad y expresionismo...

Este es el edificio "Coliseum".

Quisiéramos ya terminar este paseo a través de la mirada alerta y testimonial sobre uno de los edificios madrileños de los años 30 más notable y quizás más desconocido más allá de su tarjeta de presentación, la fachada a la Gran Vía; una reflexión viajera entre la descripción objetiva y la emoción de la experiencia de un tránsito a través de una arquitectura que es suma y síntesis de muchas arquitecturas, museo vivo de arquitectura moderna que apela a su unidad e integración indivisible, irreductible y total, como su más evocadora y esencial seña de identidad. Clamar ahora y para siempre para que jamás retorne el acecho de los viejos fantasmas nunca desaparecidos que proclaman en la impunidad de la noche el olvido o el expolio de nuestro patrimonio urbano. Recordemos la alevosa demolición de la estación

de servicio de los Bulevares madrileños (también del arquitecto Casto Fernández-Shaw), incapaz desde su reconstrucción posterior de hacer olvidar viejas heridas. Es preciso y urgente salvar la integridad de la Gran Vía de Madrid y la autenticidad y esencia de sus edificios de espectáculos, evocar al respecto aquellas palabras de J. L. Borges: "A mi ciudad de esquinas aureoladas de ocaso..." e invocar desde ellas a quienes sientan el compromiso de sumarse a cierta causa en permanente alerta. Al ocaso de las arquitecturas de la ciudad hay que oponer su revitalización permanente y la alerta ante las oscuras sombras de la noche de los tiempos que nos traen de madrugada el cínico disfraz de catarsis intervencionistas transgresoras del sentido de la historia.

Desde la noche, al final del viaje, un paseo por las nubes, un último pensamiento atrae nuestra mirada sobre este edificio anclado en el tiempo: el "Coliseum" posee el antiguo poder de la arquitectura para hacer ciudad, transformarla, aludirla emblemáticamente como gesto significativo en el discurso urbano, contaminarla positivamente con sus apelaciones a una modernidad no siempre bien entendida, enriquecer y vitalizar con su presencia y con sus ausencias el polifónico caudal sinuoso de ese río urbano que es la Gran Vía de Madrid.

Edificios como este son los que hacen eternas e inolvidables a las ciudades. ■